

ASPECTOS REGRESIVOS EN IDEOLOGÍAS REVOLUCIONARIAS

1. LA CRÍTICA PARCIALIZANTE DE LA TRADICIÓN LIBERAL

Un fenómeno relativamente corriente, pero apenas analizado científicamente, consiste en el rechazo absolutista e indiferenciado de los valores del liberalismo tradicional, del pluralismo político-cultural y del individualismo clásico por parte de ideologías y partidos políticos entre sí muy diversos, pero que están comprometidos con la tarea de producir cambios radicales en sus respectivas sociedades. Tanto las diferentes corrientes socialistas que se denominan marxistas, como tendencias nacionalistas de izquierda, reformistas radicales, las variadas gamas del populismo y hasta la democracia cristiana, coinciden en el esfuerzo de desacreditar los valores liberales, en bagatelizar la relevancia de los derechos individuales y políticos y en propugnar un confuso colectivismo como única alternativa social. Este fenómeno merece una atención particular debido a que las diferentes tendencias político-ideológicas mencionadas se remiten a los mismos argumentos o a razones muy semejantes para fundamentar su repudio de todos los aspectos del liberalismo; al mismo tiempo esta concordancia nada casual permite descubrir la pista de elementos regresivos contenidos en las ideologías tercermundistas del cambio radical.

El aspecto más perceptible de la crítica tercermundista a los valores liberales se halla, indudablemente, en su radicalismo y su falta de diferenciación. Por una parte, esta crítica es relativamente unánime en un repudio total de la tradición liberal y en postular soluciones a varios niveles que pretenden ser enteramente «nuevas», verdaderamente «genuinas» y, sobre todo, aptas para resolver todos los problemas emergentes del subdesarrollo. Por otra parte, la misma crítica se limita normalmente a impugnar *íntegramente* todos los momentos relativos a la tradición liberal, al modo de producción capitalista, a la cultura burguesa y a la filosofía del racionalismo y del idealismo, como si todos estos momentos formasen una sola *unidad*,

férrea e indivisible, y como si tal unidad no contuviese ningún elemento progresista que sea capaz de señalar derroteros para el futuro.

Las formas del marxismo tercermundista más generalizadas y de más significación para la constitución de la conciencia revolucionaria en las sociedades periféricas denotan notables rasgos comunes con el nacionalismo de izquierda y con el populismo al calificar despectivamente elementos liberales en las esferas de la economía, la política y la cultura como «superados por la historia», «contrarios al carácter nacional» y «desfavorables» para un espíritu de colectivismo social. Esta crítica, que es tan severa como superficial, no tiene conciencia de la problemática histórica propiamente dicha ni de los fenómenos de continuidad y conexión con el pasado en los planos individual y colectivo; en realidad, estas ideologías parten del presupuesto —tan caro a los revolucionarios durante el curso de toda la Historia— de que es posible hacer tabla rasa con lo sucedido hasta un momento dado, de que la sociedad es un ente enteramente maleable, según los designios revolucionarios y de que todos los logros alcanzados hasta la irrupción revolucionaria palidecen completamente ante las presumibles conquistas del nuevo régimen. Por ello es comprensible la obsesión de todos los gobiernos revolucionarios de subrayar lo «nuevo» hasta en sus más modestos actos y de vituperar de modo indiferenciado todo el pasado «reaccionario». Esta obsesión cumple, por otra parte, una función muy útil en el nuevo contexto: hace reprochable en la conciencia colectiva toda comparación con el pasado que pudiese resultar negativa para el régimen revolucionario, asegura una represión aparentemente legítima de toda tendencia política contraria e impide el surgimiento de una conciencia crítica, que se nutre esencialmente del análisis comparativo y de la libertad de arribar a resultados no determinados *a priori*.

En lo referente a la apreciación del pasado, el carácter estrictamente histórico de los fenómenos sociales y a la evaluación específica de los momentos liberal-democráticos, las tendencias revolucionarias caen en una posición simplista anterior a la de Marx, del cual la mayoría de ellas tanto se reclama. El fundador del marxismo había postulado una superación de la filosofía liberal-burguesa que no significase la liquidación total de la misma, sino más bien la realización de sus momentos progresistas. Esta realización estaría impedida, según Marx, fundamentalmente por la dicotomía entre teoría y praxis en la sociedad burguesa. La concepción originaria del marxismo sobre el orden socialista tampoco contenía como idea rectora un colectivis-

mo a ultranza—como única alternativa al individualismo liberal—, sino que pretendía alcanzar una etapa superior del desarrollo histórico, en la cual el libre desenvolvimiento de los individuos sea la base misma para el desarrollo de la sociedad y no una mera frase retórica. Por lo tanto, no se trataba en realidad de fomentar la instauración de ningún colectivismo, sino de alcanzar la «unión de los individuos» (Marx) sobre la base de una solidaridad no forzada; en un pasaje famoso de la *Ideología alemana*, Marx escribió que en la sociedad del futuro los individuos tomarían parte en las relaciones sociales como *individuos* y no como meros miembros de una clase—lo que ocurriría precisamente en las sociedades presocialistas—. Según Marx, esta sociedad del futuro tendría como objetivo poner fin al dominio de las condiciones sociales sobre los individuos y establecer el dominio de los individuos sobre las condiciones sociales; el ente social por excelencia sería el individuo y no la abstracción llamada sociedad.

La mayoría de las ideologías revolucionarias del Tercer Mundo difiere sustancialmente del marxismo primigenio tanto en la evaluación del pasado en general como en la crítica al liberalismo en particular: la historia—según aquéllas—no es un proceso de continuado progreso, sino un conjunto de calamidades reaccionarias, sobre cuyas ruinas recién humeantes se puede construir el futuro luminoso; todos los aspectos del liberalismo adquieren, según esta misma concepción, carácter de artimañas para disimular o fomentar el dominio del capitalismo o, en el mejor de los casos, atributos de antiguallas dejadas atrás por el proceso histórico. En ambos casos esta concepción simplista, catastrofista e indiferenciada de la historia y del liberalismo debe cumplir una función eminentemente instrumental: hacer pasar la totalidad de la época prerrevolucionaria por una noche horrible de miseria, reacción y atraso, ante la cual los modestos logros del período revolucionario tienen necesariamente que aparecer como conquistas titánicas y progresos sin precedentes; y desacreditar a tal punto las libertades políticas e individuales, que la falta de ellas puede ser interpretada como una notable victoria del socialismo o del nacionalismo sobre la perversidad burguesa.

2. AMBIVALENCIA CON RESPECTO A LA CIVILIZACIÓN BURGUESA

Las ideologías revolucionarias en el Tercer Mundo tienden a repudiar íntegramente todos los aspectos del liberalismo y el racionalismo, porque en realidad requieren una cobertura verosímil para justificar

la adopción de metas y valores centrales, tomados de la incriminada civilización burguesa. Entre esas metas y valores se hallan el dilatamiento y fortalecimiento incesantes del Estado nacional (en el campo político), la creación de una industria comparable a la de los grandes centros metropolitanos (en el terreno económico), la difusión del consumismo, del principio de rendimiento, de roles específicos y diferenciados (en la esfera de las pautas de comportamiento) y el uniformismo y utilitarismo (en asuntos culturales). Los valores adoptados como propios por las ideologías revolucionarias tercermundistas pertenecen a la esfera de los instrumentos o medios para alcanzar fines ulteriores (tales como democracia plena, felicidad de los más, altos niveles de vida, etc.), pero que justamente en su calidad esencialmente instrumental no pueden ser calificados *a limine* como momentos positivos en todo tiempo y lugar y, menos aún, como fines últimos anhelables bajo todo punto de vista. Estos bienes instrumentales pueden ser fácilmente usados para fines inhumanos, para fortalecer regímenes totalitarios o, más corrientemente, para mantener la conciencia colectiva en estado de ingenuidad y pasividad permanentes —lo que es fácilmente comprensible en lo relativo a la difusión del consumismo, a la hipostatación del principio de rendimiento, a la cohonestación del conformismo político y a la uniformidad cultural. Pero igualmente los otros dos grandes elementos de la citada adopción —el dilatamiento del Estado nacional y la industrialización forzada— entrañan un número no menor de momentos eventualmente negativos, y que recientemente en los últimos años, con las crisis ecológica y las repetidas violaciones de los derechos humanos, han manifestado claramente sus implicaciones y alcances. Son precisamente estos dos puntos centrales los que, en las ideologías revolucionarias tercermundistas, han dejado de ser meros instrumentos para objetivos ulteriores y se han convertido en el contenido mismo y en la obsesión permanente de lo que habitualmente se formula mediante los eufemismos de progreso genuino, desarrollo autónomo, superación de la dependencia, socialismo tercermundista, etc.

La regresividad y la pobreza intelectual de las ideologías revolucionarias pueden, por lo tanto, ser localizadas en el contexto de una permutación entre medios y fines del desarrollo histórico, la cual en algunas ideologías toma el carácter de una amalgama turbia entre metas e instrumentos. Las diferentes políticas de crecimiento económico a cualquier precio, de fortalecimiento del poderío estatal a todo nivel y de bagatelización de la problemática ecológica y de la explo-

sión demográfica no pueden aspirar a ser calificadas de modelos genuinamente autónomos de desarrollo, ni menos a querer materializar órdenes sociales más justos y progresistas. Aspectos evidentemente progresivos de las ideologías revolucionarias se puede constatar en el repudio por parte de éstas de instituciones, pautas de comportamiento y modelos culturales que se hallan en un estado intermedio entre medios y fines, y que, por otra parte, son indispensables para alcanzar una sociedad donde impere la justicia social, la libertad política, la creación cultural genuina y el humanismo cotidiano. Entre esas instituciones, pautas y modelos se encuentran el respeto efectivo y no meramente verbal a las libertades individuales, el derecho a la actividad política que no se reduzca a apoyar los actos gubernamentales, el fomento de una conciencia crítica sobre todos los asuntos públicos, la existencia de sólidas instancias que controlen al gobierno y a la burocracia estatal, el respeto inquebrantable a la oposición, a las minorías y a los grupos disidentes, la libertad de prensa, de creación cultural y de culto religioso, el fomento del pluralismo político y cultural, la posibilidad de poder elegir entre dos diferentes alternativas socioeconómicas y, finalmente, el mantenimiento de una atmósfera social libre de represión, de verdades y rituales dictados desde arriba, de falsas solidaridades y de normas éticas irracionales.

Son justamente estos aspectos progresivos, derivados de la tradición liberal, no pertenecientes a las creaciones de las tendencias socialistas, populistas y nacionalistas, los que tienden a ser escamoteados por esas últimas corrientes. Estos aspectos son considerados como momentos nocivos de la herencia liberal-burguesa y, por lo tanto, como condenables o, en el mejor de los casos, como principios a los que se debe rendir un acatamiento meramente verbal.

Es precisamente acerca de estos principios y normas que se centra el ataque de la crítica tercermundista, insistiendo en que ellos pertenecen a una herencia foránea, a una tradición «superada por la historia», estéril y superflua, cuyas implicaciones serían predominantemente negativas: debilitamiento del ímpetu revolucionario, fraccionamiento de esfuerzos y recursos, incitación a los «peligros» del espíritu crítico y de la autonomía de pensamiento, apertura al «enemigo de clase» y a los «intereses imperialistas». Estos argumentos estrictamente pragmáticos parten del principio de que el hombre es, sobre todo, un material cuantificable, y que hay que manejarlo según los métodos de la máxima rentabilidad y mínimos costos—un trabajador obediente y que piensa lo que le indican desde arriba no produce,

obviamente, serios «problemas» ni provoca gastos imprevistos—. Así se conjugan argumentos de orden pragmático-instrumental con otros de pretendido resguardo de la integridad y singularidad nacionales para justificar el repudio de los aspectos verdaderamente progresistas y humanistas de la tradición liberal, mientras simultáneamente las corrientes ideológicas revolucionarias no tienen el más mínimo reparo en abrazar y adoptar elementos negativos o, por lo menos, equívocos de la misma tradición occidental, haciéndolos pasar por creaciones autóctonas del espíritu nacional o conquistas valiosas del movimiento socialista; esta falta de escrúpulos es manifiesta en lo referente a la industrialización forzada, al crecimiento económico como remedio para todos los males, al empleo inmediato de toda innovación armamentista, al robustecimiento del Estado nacional y al uniformamiento totalitario de los moldes culturales y de las normas éticas.

En esta selección infeliz de medios y fines reside la regresividad de las corrientes ideológicas revolucionarias, así como en toda la armadura teórica construida para legitimizar esa selección, lo que contribuye a cimentar una posición racionalmente inconsistente hasta volverla impermeable a toda crítica.

3. EL NEGOCIO DE LA JUSTIFICACIÓN

La adopción de ciertas normas y modelos de la civilización occidental-burguesa y el repudio de otros, todo ello en medio de una atmósfera anticolonialista, autoctonista y social-revolucionaria, no puede funcionar sin masivos mecanismos que racionalicen esta situación y hagan aparecer plausible esta mixtura híbrida de fines y medios como la opción revolucionaria correcta. Estos mecanismos ideológicos, que actualmente conforman una buena parte de la conciencia colectiva llamada «progresista» en el Tercer Mundo, difieren evidentemente según sus fundamentos teórico-políticos; tanto las tendencias socialistas radicales como los nacionalistas de izquierda y otras menores coinciden, sin embargo, en fijar los mismos rasgos principales para legitimizar las opciones revolucionarias. Estos rasgos pueden resumirse así: en la esfera del desarrollo tecnológico en general, de la técnica armamentista, de la industrialización avanzada, del ensanchamiento del poder estatal y de los métodos para la seducción y nivelación de las masas, las ideologías revolucionarias tienden a tomar modelos y metas de la incriminada civilización occidental-burguesa sin una problematización liminar, sin encontrar aspectos fundamen-

mente reprobables y, sobre todo, sin introducir modificaciones realmente creativas. Los más celosos defensores revolucionarios de la cultura islámica tradicional, por un lado, y de las guerrillas comunistas, por otro, se sirven del más sofisticado armamento occidental, sin hacer los aspavientos de rigor que suceden cuando los mismos grupos están confrontados con algún tratado filosófico de igual proveniencia. Regímenes revolucionarios se complacen en prohibir manifestaciones culturales, en censurar libros y revistas y en vilipendiar normas éticas de origen liberal-burgués, pero aceptan sin mucho trámite las congestiones de tráfico, los insecticidas, la estrategia de la acumulación acelerada del capital, las tácticas policiales y otras «conquististas» similares de los países del norte. En esta esfera, la actitud teórica básica consiste en aceptar los logros occidentales como fenómenos casi naturales, desligados de todo contexto socio-cultural, de toda implicación ideológica—prácticamente como manifestaciones de un espíritu absoluto supranacional y supraideológico.

En el terreno de la problemática política, cultural y social-psicológica, la cual conforma el eslabón más débil de la relación de dominancia y dependencia entre el Primer y el Tercer Mundo, las ideologías revolucionarias se apresuran a repudiar los aspectos fundamentales de la civilización occidental y a tratar de imponer modelos propios. Como ya se indicó, esta tentativa cumple esencialmente una función instrumental de justificación y encubrimiento: como aquellas ideologías no han sabido o podido establecer modelos de desarrollo nuevos y originales en los campos económico y tecnológico, tratan entonces de forzar el desenvolvimiento de moldes políticos, culturales y sociales que compensen esta deficiencia y que produzcan la ficción verosímil de originalidad y autonomía nacionales. Esta ficción es más necesaria (y la ideología concomitante más radical) en aquellos regímenes, cuya originalidad política y cultural se limita a proveer de un barniz moderno a las tradicionales ibérico-católica, islámica y tribal, a combinar elementos regresivos de esas mismas tradiciones con técnicas policíacas occidentales y a copiar modelos socialistas del segundo mundo, dándoles ciertos toques de folklorismo y exotismo tropicales.

Esta peculiaridad de las ideologías revolucionarias tercermundistas les permite, entonces, matar tres pájaros de un mismo tiro: adoptar sin problematización metas centrales del desarrollo histórico occidental, crear la ficción de una cultura propia y original y justificar el mantenimiento de pautas político-sociales autoritarias y represivas,

asegurando así a las nuevas élites revolucionarias el usufructo ilimitado del poder político.

También los esfuerzos teórico-científicos que transcurren entrelazados con las ideologías revolucionarias—como las teorías latinoamericanas y africanas de la dependencia—denotan una manifiesta parcialización en la crítica a los diferentes aspectos de la tradición liberal y a las teorías sobre el subdesarrollo que no desemboquen en un justificativo de la revolución. Ciertamente, buena parte de las teorías sobre el desarrollo socioeconómico de proveniencia norteamericana tiende a identificar normativamente una modernización lograda con la conjunción de liberalismo manchesteriano, consumo de masas y el *American way of life*, fijando así de antemano una *sola* vía de progreso. El mismo carácter unilateral exhiben, en el fondo, las teorías de la dependencia y las ideologías revolucionarias al considerar todos los aspectos de la tradición liberal-democrática, del modo capitalista de producción y de la cultura burguesa como una unidad *indisoluble*, que debe ser combatida íntegramente. Desde este punto de vista se ha criticado a la teoría crítica de la modernización y a otros ensayos teóricos, que no desahucian *a priori* intentos liberal-democráticos, reformistas o social-democráticos y que no tienen como punto central de referencia la meta normativa del modelo socialista. La teoría crítica de la modernización, por ejemplo, considera posible—y positiva—la combinación del modelo reformista de desarrollo, por una parte, con aspectos progresivos de la tradición liberal, por otra; normas, modelos y logros del racionalismo, de la ilustración, de la democracia llamada burguesa y otros momentos liberales deberían ser parte constitutiva de profundas reformas socioeconómicas que persiguen mayor justicia social y menor dependencia de los centros metropolitanos, sin tener por esto que ser calificadas de meras copias del modelo occidental-burgués. Fuera del dogmatismo político-ideológico, son enteramente plausibles diferentes modelos no-socialistas y simultáneamente no-capitalistas y toda una gama de combinaciones eventuales entre reforma y liberalismo.

4. EL CASO DEL MILITARISMO REVOLUCIONARIO

En sociedades enteramente diferentes como Birmania, Etiopía e Irak, fracciones de las respectivas fuerzas armadas han emprendido la tarea de llevar a cabo profundas modificaciones de las estructuras sociales, pretendiendo establecer modelos originales de socialismo, ra-

dicales en su dirección, pero distintos del paradigma comunista del segundo mundo. En estos regímenes se manifiestan en forma innegable las principales cualidades del radicalismo revolucionario: modernización económica y tecnológica forzada, fomento de normas favorables a la eficiencia, la rentabilidad y al principio de rendimiento, instauración de pautas autoritarias, antidemocráticas e iliberales en las esferas de la política y la cultura, menosprecio por las libertades políticas e individuales y pretensiones especialmente elevadas en lo referente a la originalidad y autonomía del régimen.

Es interesante observar que, justamente en estos intentos de reordenación sociopolítica, la distancia entre las exigencias de la teoría y los resultados de la praxis es todo menos insignificante. El insistir sobre la eficiencia y la moralidad—como si fuesen cualidades totalmente extrañas a todos los regímenes civiles—no puede encubrir la existencia de una corrupción institucionalizada, de un desorden administrativo desmedido y de resultados económicos muy discutibles, como en el caso particularmente notorio de Birmania. La originalidad del orden socioeconómico se ha reducido a una ampliación del poder estatal en detrimento de la empresa privada y a la introducción de ciertas mejoras sociales; en el campo político, tanto en Birmania, Etiopía, Irak o Yemen meridional, la creación genuina del militarismo radical se ha limitado a la instauración del partido político único, a decretar una ideología socializante, nacionalista, autoritaria e insustancial como credo social obligatorio y a cercenar las libertades individuales. En el campo de la cultura, se ha tratado de anular viejas y muy peculiares tradiciones—por ser «retrógradas»—, para sustituirlas por *slogans* pretendidamente antiimperialistas y colectivistas y por la subordinación general del quehacer cultural bajo las necesidades del Estado. Diferentes formas de gobierno, variadas manifestaciones culturales y hasta diversas religiones han sido reemplazadas por idénticos comités centrales, por las mismas alabanzas a la revolución, al gobierno y a su ideología, por una mística semejante de progreso y solidaridad forzada y por un folklore muy parecido de tintes xenófobos.

El militarismo revolucionario radical presenta una serie de atributos más o menos típicos en un grado elevado de intensidad, lo que permite analizar ciertos momentos recurrentes de las ideologías revolucionarias. En primer término, se puede constatar que su núcleo rector está determinado *ex negativo*, es decir, mediante el rechazo de otras tradiciones, corrientes y modelos, y no positivamente por medio

de creaciones autónomas. El repudio de lo antiguo, lo tradicional, lo «burgués», lo «individualista» fundamenta la intención de producir algo nuevo y mejor, lo que, empero, queda generalmente en un estado nebuloso. Además, es bien conocido el hecho de que una crítica indiferenciada, emocional y movida por el ansia del poder no logra aprehender lo verdaderamente rechazable y regresivo del pasado, sino que tiende a ofrecer una visión arbitraria del mismo y a perpetuar justamente aspectos deplorables de la tradición bajo un espeso manto de seudoprogresismo ideológico.

Estos movimientos exhiben en forma potenciada ciertos rasgos comunes a los regímenes revolucionarios, cuyas cualidades no son promisorias para el desarrollo ulterior de las respectivas sociedades: mentalidad conspiratoria, tendencia a la simplificación explicativa (los fracasos se deben naturalmente a la acción malévola del imperialismo), esquemas dualistas de pensar y sentir («o uno es parte de la solución o parte del problema»), insistencia en valores militares, jerárquicos y disciplinarios como claves generales para resolver los problemas más diversos y complejos, y la propensión a un estilo público patético, altisonante, solemne y patriotero.

La falta de una actitud genuinamente diferenciada y crítica con respecto al pasado y a las tradiciones exteriores conlleva la imposibilidad de ponerse a sí mismo en cuestión, de corregir errores y de disponer, por lo tanto, de una instancia rectora relativa a los objetivos a largo plazo. Sin la dimensión de la crítica y la tolerancia se hace muy improbable el logro de una sociedad auténticamente justa y efectivamente humanista, y muy probable la perpetuación de regímenes paternalistas y totalitarios.

La orientación paternalista y autoritaria de casi todos los revolucionarios radicales se debe fundamentalmente a la carencia de un enfoque crítico hacia su propio pasado: crecidos y educados bajo regímenes antidemocráticos y totalitarios, no han conocido el parlamentarismo, ni el sindicalismo autónomo, ni los elementos de la democracia pluralista, ni el respeto a las libertades políticas e individuales, y, por lo tanto, sienten por estos fenómenos el mismo temor que se tiene por cosas extrañas, aumentado por la internacionalización inconsciente del menosprecio que se les inculcó en temprana edad por aquellos aspectos de la democracia liberal. Modificando el barniz exterior, los revolucionarios actuales mantienen la misma predilección de las dictaduras reaccionarias por el monopolio del poder político, la impregnación de toda la sociedad por normas dictadas desde arriba

y el miedo pánico hacia toda manifestación política espontánea por parte de individuos pensantes.

Esta fijación a moldes autoritarios de acción, el mantenimiento de la función elitista de los oficiales y la ampliación de las instancias estatales han contribuido generalmente en los países antes mencionados a asegurar la lealtad de las fuerzas armadas a pesar de los cambios revolucionarios y a facilitar individualmente la identificación de los oficiales con programas radicales de reforma social. En casos determinados y bajo ciertas circunstancias se destaca la relevancia de estas normas y pautas de comportamiento, que desplazan a segundo plano la problemática de la propiedad de los medios de producción en la conciencia colectiva militar y permiten llevar a cabo programas revolucionarios con los mismos ejércitos que defendieron poco antes un orden social muy diferente. Esto representa finalmente una advertencia clara para los usufructuarios del poder y del orden prerrevolucionarios en el sentido de no confiar unilateralmente la defensa de éstos a una sola fuerza social, por más sólida y leal que parezca.

H. C. F. MANSILLA

